

en medio de las llamas, y no he logrado encontrarla; pero confío en que tú me la devolverás.

Pedro le puso la mano sobre la cabeza y dijo:

—Ten fe... y sigueme.

III

La Ciudad continuaba ardiendo. Se había derrumbado el Circo Máximo, arrastrando en su caída toda una red de calles y callejones. A cada nuevo hundimiento se avivaban las llamas, levantándose enorme columna de fuego que se deshacía á una altura inmensa en millones de chispas. El viento había cambiado de dirección y soplabá con impetuosidad del lado del mar, arrojando sobre el Celio, el Esquilino y el Viminal oleadas de llamas, partículas de hollin y ceniza. Por último se adoptaron medidas para preservar del incendio la parte de población todavía intacta. Por orden de Tigelino, que llegó de Ancio al tercer día, fueron derribadas las casas del Esquilino á fin de aislar el fuego privándole de combustible; pero éste era remedio tardío y casi estéril, puesto que no había que pensar en la salvación de lo que ya estaba ardiendo.

A la sazón se habían ya dejado sentir otras consecuencias de la catástrofe. Con Roma fueron destruidas incalculables riquezas y todos los depósitos de viveres. Al rededor de las murallas apiñábanse centenares de miles de personas que desde el segundo día empezaron á sentir el hambre, porque nadie había cuidado de reemplazar las provisiones consumidas por el fuego. Hasta que llegó Tigelino no se enviaron las órdenes oportunas á Ostia para avituallar al pueblo, el cual había empezado á dar muestras ostensibles de descontento.

La casa del *Aqua Appia* en donde se aposentó provisionalmente Tigelino, estaba desde el amanecer á la noche circundada de mujeres que gritaban:

—¡Pan y albergue!

En vano se esforzaban los pretorianos venidos del campamento situado entre las vías Nomentana y Salaria para restablecer el orden. En algunos puntos se veían obligados á luchar contra el populacho armado; en otros la multitud inerme, señalando la colosal hoguera, les decía:

—¡Acuchilladnos, si á tanto os atrevéis! ¡Sólo esto nos falta!...

Oíanse por todas partes dicterios y maldiciones contra el César, los augustales y los pretorianos, y la excitación popular iba creciendo en términos que Tigelino, observando por la noche los millares de hogueras que ardian en torno de la Ciudad, se creyó en medio de un campamento enemigo. Cumpliendo sus órdenes, además de trigo y harina, se trajo de Ostia y de todas las poblaciones circunvecinas una cantidad enorme de pan. Pero apenas hubieron llegado al Emporio las primeras remesas, la famélica muchedumbre derribó las puertas del lado del Aventino, se precipitó dentro como impetuosa oleada y apoderóse, en medio de un tumulto espantoso, de todas las provisiones. A la luz rojiza del incendio trabábanse combates parciales para arrebatarse los panes, muchos de los cuales eran aplastados bajo los pies. La harina que rebosaba de los despanzurrados sacos se esparcía por el suelo, cubriendo con una blanca alfombra, como de nieve, el espacio que mediaba entre el Emporio y el arco de Druso y Germánico. Duró el saqueo hasta que los soldados hubieron ocupado el edificio y dispersado con flechas y piedras á los asaltantes.

Desde la invasión de los galos al mando de Breno no había sufrido Roma mayor azote; y aún hay que tener muy en cuenta que entonces restó incólume el Capitolio, mientras que ahora lo rodeaba un círculo de fuego, y de noche, cuando el viento abatía las llamas, veíanse completamente enrojecidas, cual tizones, las marmóreas columnas del templo consagrado á Júpiter. Además, en tiempo de Breno poblaba la Ciudad gente de una sola raza, sobria y austera, respetuosa con las leyes y con las autoridades, refrenada por el amor patrio y la veneración á los dioses, y en aquel momento se hacinaba en derredor de las murallas una muchedumbre heterogénea, turbulenta, licenciosa, sin ley ni freno, pronta á sacudir el yugo romano y á vengar ferozmente el estigma y el tormento de la dominación, conforme lo revelaban sus alaridos y amenazas y sus movimientos desordenados y tumultuosos, como el oleaje de un mar combatido por contrarios vientos. Confundíanse allí con los romanos, los griegos, eslavos, galos, germanos, africanos y asiáticos; con los ciudadanos libres y ociosos, los esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, artesanos, campesinos y soldados.

Las más contradictorias noticias, las más estupendas invenciones agitaban aquel océano humano, en medio del cual surgía, como una isla incandescente, la soberbia Ciudad coronada de llamas. Decíase que habían llegado al Emporio grandes cantidades de trigo y de vestidos para distribuirlos gratuitamente; que por orden del César serían despojadas de sus cuantiosas riquezas las provincias del Asia y del África para repartirlas entre los romanos, á fin de que cada uno pudiera tener casa propia. Pero al mismo tiempo corrían rumores siniestros. Afirmábase que había sido envenenada el agua de todos los acueductos y pozos, que Nerón tenía el intento de arrasarse la Ciudad y exterminar á todos sus habitantes, con el objeto de poder trasladarse sin peligro alguno á Grecia ó á Egipto, para establecer en cualquiera de sus ciudades la capital del orbe. Estas voces esparciábanse con la rapidez del rayo, despertando en la muchedumbre, ora la esperanza, ora el temor, ora el júbilo, ora la rabia, sentimientos que por fin se aunaron y confundieron para dar la resultante de una fe ciega en que se aproximaba el fin del mundo, creencia que habían difundido los cristianos y que tomaba cuerpo de día en día en la sociedad pagana. Eran muchos los alucinados que imaginaban ver á los dioses sobre las nubes enrojadas por el fuego, impávidos espectadores de la devastación de la tierra, y tendían hacia ellas los brazos, orando ó imprecando.

Entre tanto los soldados, con la ayuda de muchos ciudadanos, continuaban demoliendo largas hileras de edificios en el Esquilino, en el Celio y en el Transtevere, logrando de esta suerte salvar del incendio gran parte del último distrito. Pero el fuego había devorado ya ó estaba devorando inapreciables tesoros con las armas romanas conquistados en el transcurso de los siglos en todas las naciones del mundo conocido; hermosas obras de arte, magníficos templos, los más preciosos recuerdos del pasado glorioso de Roma; y, aunque los barrios extremos fueran sustraídos por medio del aislamiento á la voracidad de las llamas, era evidente que había de quedar sin techo la mayor parte de los habitantes. Además, era tanta la obcecación de éstos que interpretaban el derribo de casas, no como medida de salvamento, sino como propósito deliberado de arrasar la Ciudad por entero.

El semblante hosco y la actitud tumultuosa y amenazadora de la muchedumbre tenían atemorizado á Tigelino, quien no

se cansaba de enviar mensajeros á Nerón para suplicarle que no retardase su venida, pues que se hacía indispensable «aquietar y confortar con su augusta presencia» al exasperado pueblo. Sin embargo, el Emperador no se puso en marcha hasta que las llamas invadieron la *Domus Transitoria*, calculando que de esta manera llegaría á Roma en el momento preciso en que el incendio alcanzara el apogeo de su acción destructora.

IV

Las llamas se extendieron hasta la vía Nomentana; pero, desviadas por el viento que repentinamente mudó de dirección, corrieron hacia la vía Lata y el Tiber, y, arrojadas con impetu sobre el Capitolio y el *Forum Boarium*, fueron aproximándose al Palatino, destruyendo cuanto habían respetado en la primera acometida.

Tigelino concentró en las inmediaciones de Roma las cohortes pretorianas, menudeando al mismo tiempo el envío de mensajeros al Emperador con la súplica de que no retardase su venida y la noticia de que era todavía tiempo de poder contemplar el espectáculo en toda su imponente grandiosidad, porque el incendio, lejos de amenguar, iba tomando mayor incremento. Pero Nerón, que ya estaba en camino, con el propósito de llegar por la noche, á fin de obtener de la catástrofe todo el partido posible desde el punto de vista estético, no se daba prisa alguna y aún se detuvo en *Aquæ Albanæ* para discutir con el trágico Alituro pormenores referentes á las actitudes, ademanes y gestos más apropiados á cada estrofa y á cada frase del poema que se proponía recitar ante la colosal hoguera. En la exclamación:

*¡Oh, sacra Ciudad que eterna parecías
Como el Ida!...*

¿debía levantar las dos manos ó solamente una, sosteniendo la citara con la otra? Esta era en aquellos instantes angustiosos para el pueblo romano la única preocupación de su dueño y señor.

A la caída de la tarde reanudó el viaje; pero antes quiso oír el parecer de Petronio sobre la oportunidad de intercalar

en sus versos algunas imprecaciones contra los dioses, pues estimaba muy natural, aun desde el punto de vista del arte más depurado, que se le escapasen blasfemias de los labios á un hombre que contemplaba como su patria, la ciudad señora del orbe, era devorada por el fuego.

Seria media noche cuando llegó junto á las murallas de Roma con su séquito interminable de cortesanos, senadores, jefes militares, libertos, esclavos, mujeres y niños. Diez y seis mil pretorianos formados en orden de batalla guardaban la persona del Emperador, manteniendo á cierta distancia al pueblo amotinado, el cual, por no atreverse á pasar á vias de hecho, se limitaba á gritar, maldecir y silbar furiosamente. No obstante, en algunos puntos resonaron aplausos nutridos y estruendosos. Eran de la plebe que nada había perdido con la destrucción de Roma porque nada poseía; de la plebe que fundamentalmente confiaba en que la catástrofe seria causa de abundantes reparatos de trigo, vestidos y dinero. De repente vibró el aire con los sonidos de las trompetas y los cuernos que Tigelino mandó tocar; cesaron los clamores y silbidos de la muchedumbre, y Nerón, pasada la Puerta Ostiense, se detuvo, exclamando:

—¡Soberano sin hogar de un pueblo sin techo!... ¿donde reclinarás esta noche tu cabeza infortunada?

Después pasó el *Clivus Delphinis*, y, por una escalera al efecto construida, subió al acueducto de Appio, seguido de los augustales y de un coro de cantores con cítaras, laúdes y otros instrumentos músicos.

Contenían todos la respiración, aguardando una de aquellas frases solemnes que procuraban retener bien en la memoria cuantos no sentían desprecio por la vida; pero el César permanecía mudo, en actitud majestuosa, vestido con la toga purpúrea, ceñida la frente con una corona de laurel, contemplando con cierta serenidad olímpica el ondulante océano de fuego. Al recibir de manos de Terpnos el laúd de oro, levantó los ojos al cielo en demanda de inspiración...

El pueblo romano veía á su Emperador como envuelto en una luz sanguínea, mientras á lo lejos chirriaba y crepitaba fragorosamente el incendio y las serpientes de fuego destruían los venerables monumentos de la Roma antigua: el templo de Hércules, construido por Evandro; el de Júpiter *Stator*; el consagrado á la Luna, que Servio Tulio hizo edificar; la casa de Numa Pompilio; el templo de Vesta, con los penates del

pueblo romano... Las inconstantes sinuosidades de las llamas ocultaban y permitían ver alternativamente el Capitolio...

Nerón, con el laúd de oro en la mano, en actitud histriónica, indiferente á la ruina de la Ciudad, sólo se preocupaba de sí mismo, de hallar las posturas, los ademanes, el tono de voz, los matices de expresión adecuados á determinadas frases patéticas, más atento á lograr la admiración y el aplauso que á describir la tétrica y horripilante grandiosidad del cuadro.

Como odiaba á Roma y á sus habitantes, en modo alguno podía apesadumbrarle la catástrofe, y como en realidad no sentía amor sincero sino por sus cantos y por sus versos, henchiale el corazón de júbilo el que ante sus ojos se desenvolviera una tragedia real muy semejante á la que había imaginado y descrito en su poema. El versificador se sentía dichoso; el histrión inspirado; el monstruo ávido de emociones fuertes satisfecho y aquietado ante el horrendo é insólito espectáculo, en comparación del cual era á su juicio una bagatela el incendio y ruina de Troya. ¿Qué más podía desear?... A Roma, la invencible señora del mundo, la devoraban las llamas, mientras él, el Emperador fuerte y augusto, el artista incomparable, de pie sobre un arco del acueducto, con el laúd de oro en las manos, gozaba de los horrores del cuadro, iluminado por los resplandores del incendio; admirable, envuelto en su toga de púrpura, majestuoso, magnífico, fantástico, como poética visión. A lo lejos, en la obscuridad de la noche, se agitaba con siniestro rumor la muchedumbre... pero el César no paraba mientes en ello siquiera. «Los siglos serán devorados por los siglos, pensaba; caerán y se levantarán imperios, y las generaciones futuras ensalzarán mi gloria eternamente, recordando que ante la capital del mundo devorada por las llamas canté la ruina y el incendio de Troya. ¡Nadie se acordará más de Homero! El mismo Apolo ¿puede compararse conmigo?»

Levantó los brazos, pulsó las cuerdas del instrumento músico y entonó el adiós postrero con que Priamo, en el poema homérico, se despide de su ciudad natal:

¡Oh cuna de mis padres, patria adorada!...

Al aire libre y ahogada por el ruido bronco del incendio, la voz de Nerón parecía débil y trémula y las cuerdas del laúd sonaban como zumbido de mosca; pero los senadores y augustales escuchaban con la cabeza inclinada, mudos y extáticos.

Cantó el Emperador durante un buen espacio. Cuando se paraba para descansar, el coro repetía los últimos versos, y Nerón, con un gesto que le había enseñado Alituro, se dejaba caer la *syрма* (1) trágica. Luego reanudaba el canto.

Terminado el himno, púsose á improvisar, inventando metáforas y buscando comparaciones relativas al grandioso y horrendo espectáculo que tenía delante. No le había éste conmovido; pero le conmovió su propio canto hasta el punto de hacerle saltar las lágrimas. Por fin, dejando caer el laúd, se envolvió en la *syрма* y quedóse inmóvil, como petrificado, semejante á una de las Nióbides que adornaban el patio del Palatino.

Después de brevisimo instante de profundo silencio estalló una estruendosa tempestad de aplausos, á la que contestó la muchedumbre con formidable alarido. Nadie ponía en duda ya que era Nerón quien había ordenado que se prendiese fuego á Roma para poder gozar del espectáculo y cantar sus versos.

Al oír el clamoreo, volvióse el Emperador á los augustales y les dijo sonriendo melancólicamente:

— ¡Ya véis en que aprecio tienen los quirites á su César y sus poesías!

— ¡Bellacos! — exclamó Vatino. — ¡Ordena, señor, que los pretorianos carguen sobre esa canalla!

Nerón, dirigiéndose á Tigelino, le preguntó:

— ¿Puedo contar con la fidelidad de los soldados?

— ¡Sí, divino César!

Petronio, encogiéndose de hombros, observó:

— Con su fidelidad, indudablemente; mas no con su número.

Te aconsejo que permanezcas aquí por ahora, donde es menor el peligro. Hay que calmar á toda prisa á esa gente.

De su misma opinión fueron Séneca y el cónsul Licinio.

La excitación del pueblo iba en aumento. Se armaban unos con piedras, otros con los palos de las tiendas, éstos con tablas que desclavaban de los carros, aquéllos con objetos de hierro, todos con lo que á mano les venía. Los tribunos (2) de algunas cohortes se presentaron á Tigelino para manifestarle que el

(1) Vestidura talar con cola que usaban los actores trágicos y también los elegantes afeminados.

(2) El tribuno, cargo equivalente al de nuestro coronel, era el jefe de la cohorte, la cual se componía de mil hombres.

pueblo empezaba á atacar á los pretorianos y que éstos se verían arrollados si no hacían uso de las armas para rechazar la agresión.

— ¡Oh, dioses! — exclamó el César. — ¡Qué noche! ¡Por un lado el incendio; por otro el tempestuoso mar del pueblo airado!

Y procuraba encontrar la actitud y el gesto más adecuados á la gravedad de la situación. Pero al advertir que los que le rodeaban tenían pálido el semblante é inquieta la mirada, sintió también miedo.

— ¡Dadme mi manto obscuro con capucha! — gritó — ¿Realmente existe el peligro de una agresión?

— César — le contestó Tigelino con voz poco segura, — de mi parte he puesto todo lo posible para calmar al pueblo; pero es delicada la situación... Conviene que pronuncies un discurso y prometas algo...

— ¡Arengar á la plebe el César!... ¡Jamás! ¡Qué otro lo haga en mi nombre! ¿Quién acepta el encargo?

— Yo — respondió con calma Petronio.

— ¡Ah, sí! ¡Ve tú, el más leal de mis amigos, el que con más fidelidad me sirve en las ocasiones críticas! ¡Y no te muestres tacaño en las promesas!

Petronio, mirando en torno suyo y sonriendo burlonamente, dijo:

— Que me sigan los senadores presentes: Pisón, Seneción, Nerva...

Mientras esto decía, bajaba calmamente del arco del acueducto. Montando en su caballo blanco, atravesó las filas de los pretorianos, á la cabeza de los senadores invitados á seguirle, los cuales, si bien al principio vacilaron, pronto se sintieron animados por la fría serenidad de Petronio, quien se fué derechamente en dirección de la multitud amotinada, sin más arma que el bastoncito de marfil que solía llevar para apoyarse. A la luz del incendio veía millares de puños que le amenazaban, caras inundadas de sudor, ojos enrojecidos y bocas contraídas por la cólera; un océano de cabezas sobre el cual parecía soplar furiosamente el huracán, una muchedumbre frenética que le envolvía rugiendo y tratando de acosarle. A su alrededor agitábanse palos, horcas, cuchillos; manos osadas le cogían las riendas del caballo; mas él, Petronio, seguía su camino indiferente, tranquilo, desdeñoso, golpeando con su bastoncito

de marfil la cabeza de alguno de los más atrevidos, como si se abriese paso por entre un gentío pacífico. Este valor sereno desarmaba á los más desalmados, causando la admiración de todos. Al fin fué reconocido y millares de voces exclamaron:

— ¡Es Petronio! ¡El *Árbitro de las Elegancias!* ¡Petronio! ¡Petronio!

Este nombre, que voló de boca en boca hasta las últimas filas de los amotinados, produjo el efecto mágico de suavizar la expresión feroz de los semblantes y de acallar los salvajes alaridos, porque el elegante patricio, gracias á su fama de espléndido y humano, era muy querido de la plebe, si bien en realidad poco habia hecho para captarse su estimación. Particularmente los esclavos, le amaban con aquel amor sin límites que los humildes ponen á quien muestra por ellos un átomo de piedad.

Uníase á este respetuoso cariño la curiosidad de saber que diría el mensajero del César, pues nadie ponía en duda que con tal carácter se presentaba Petronio.

El cual se quitó la blanca toga de franjas purpúreas y la agitó sobre su cabeza en señal de que iba á hablar.

— ¡Silencio! ¡Silencio! — gritaron de todos lados.

Y á los pocos instantes aquel mar alborotado quedaba en sosiego y calma. El *Árbitro de las Elegancias* se puso entonces de pie sobre los estribos y habló con voz vibrante y sonora:

— Ciudadanos: escuchadme, y que los más próximos transmitan mis palabras á los que no pueden oirme, y procurad todos al mismo tiempo portaros como hombres, no como fieras.

— ¡Si, sí! ¡Oigámosle, oigámosle!

— ¡Oid, pues!... Será cuanto antes reedificada la Ciudad. Mientras tanto os alojaréis en los jardines de Lúculo, Mecenas, César y Agripina; y desde mañana se os harán abundantes distribuciones de pan, vino y aceitunas para que podáis hartaros. Además, el César prepara para vuestro solaz y esparcimiento espectáculos tan espléndidos, con el aditamento de banquetes y donativos, que excederán á cuanto podáis apetecer. El incendio, pues, lejos de reducirnos á la miseria, habrá sido para vosotros origen de hartura y bienandanza.

Estas palabras fueron acogidas con atronador y confuso clamoreo, que se extendió por encima de aquella imponente masa humana como las ondas concéntricas que se forman al

caer una piedra en el agua. Unos daban gritos de alegría; otros seguían amenazando y maldiciendo; pero al fin todas las voces se confundieron en una exclamación unánime:

— ¡*Panem et circenses!*

Petronio, poniéndose de nuevo la toga, esperó, inmóvil y tranquilo, que cesaran los clamores, pues aún tenia algo que decir. Con un ademán imperioso logró al cabo restablecer el silencio y añadió:

— Os he prometido pan y juegos; me parece justo y natural, después de ésto, que aclamáis al César que os mantiene y viste. Y luego... márchate á dormir, plebe amadisima; que ya el alba se avecina.

Dichas estas palabras, volvió grupas, y sirviéndose como antes de su bastón de marfil para apartar á los obstinados, se abrió paso por entre la muchedumbre, atravesó las filas de los pretorianos y regresó al acueducto, donde por haberse interpretado como nuevas demostraciones de cólera los gritos de ¡*Panem et circenses!* se habia llegado á temer por su vida. De la ansiedad con que era esperado dió patente muestra el mismo Nerón corriéndole al encuentro, pálido y tembloroso y preguntándole:

— ¡Pues qué!; ¿se están batiendo?... ¿Qué ocurre allá abajo?

Petronio respiró con fuerza y contestó:

— ¡Uf! ¡Y como sudan! ¡Por Pólux, te juro que apestan! Si alguien no me da un poco de *epilimma* (1) voy á desvanecerme. Les he prometido pan, vino, aceitunas, juegos y libre acceso á los jardines; de nuevo te idolatran, y, aunque desfallecen de hambre, se desgañitan aclamándote. Pero ¡qué mal huele esa chusma, oh dioses inmortales!

— Mis fieles pretorianos — exclamó Tigelino — estaban dispuestos á arrojarse sobre los revoltosos, y si tú no llegas á aquietarles les hubiesen ellos aquietado para siempre. ¡Lástima, oh, César, que no me hayas permitido darles una lección!

Petronio le miró con desdén, y, encogiéndose de hombros, observó:

— No hay que apurarse... tal vez mañana habrá necesidad de dársela.

— ¡No, no! — dijo Nerón. — Ordenaré que se abran los jardines y que les distribuyan trigo. ¡Gracias, Petronio! También

(1) *Epilimma* ó *epalimma* era un perfume.

organizaré espectáculos y hasta cantaré en público el himno que os he cantado esta noche.

Y poniendo la mano sobre el hombro de Petronio estuvo un instante silencioso. Al fin, como si despertara de un ensueño, le preguntó:

—Dime la verdad: ¿qué te ha parecido mi canto?

—Que era digno del espectáculo, como el espectáculo era digno de ti.

Y, volviendo los ojos hacia el incendio, agregó:

—¡Contemplémosle una vez más y despidámonos de la Roma antigua!

V

Las palabras del Apóstol reanimaron á los cristianos, persuadiéndoles de que no estaba tan cercano como sospechaban el fin del mundo y de que tal vez antes verían el fin del imperio de Nerón, por todos ellos considerado como tremendo azote de Dios, como el reinado de Satanás. Y alentados de esta suerte, terminadas las oraciones, salieron de las excavaciones y encamináronse unos á sus albergues provisionales, los otros á sus viviendas del Transtevere, distrito ya indemne del fuego por haber mudado la dirección del viento.

El Apóstol salió con Vinicio y seguido del griego, rezando en voz baja, santa ocupación de que no osaba distraerle el tribuno, quien, no obstante, le revelaba el estado de su alma mirándole con ojos suplicantes. Por otra parte, en el angosto sendero que conducía á la cavidad subterránea, Pedro veíase de continuo obligado á detenerse por los fieles que le besaban las manos ó el borde del vestido, por las madres que le presentaban á sus hijos, por los que, arrodillándose á sus pies y levantando en alto las linternas, le pedían que les bendijera; y como además no pocos iban á su lado cantando himnos sagrados, era de todo punto imposible trabar conversación con él.

Pero en cuanto se hallaron en sitio desembarazado, el Apóstol, después de haber bendecido por tres veces á Roma, que perfectamente se veía, poblada de llamas, desde aquella altura, dijo á Vinicio:

—Puedes estar tranquilo. No lejos de aquí, en la cabaña de un cantero, encontraremos á Ligia con Lino y su fiel servidor,

pues Cristo, que te la ha destinado, púsola á salvo del incendio y vela por ella.

Al oír estas palabras, el tribuno se sintió desfallecer; se postró á los pies del Apóstol, abrazóse á sus rodillas, y así permaneció buen espacio de tiempo, mudo é inmóvil.

—¡No; á mí, no!... ¡á Cristo!—exclamaba el Apóstol, queriendo sustraerse á tan efusivas muestras de veneración y de gratitud.

—¡El más simpático de todos los dioses!—dijo Quilón, que iba á la zaga, al oír el nombre de Cristo—Pero, ¿qué hago yo ahora de las mulas?

Pedro cogió de la mano al tribuno y le dijo:

—¡Levántate, y sígueme!

Vinicio obedeció. Tenía inundados de lágrimas los ojos y trémulos los labios, como si rezara.

El griego insistió:

—¡Señor: ¿qué he de hacer con las mulas? Tal vez prefiera ese honorable profeta montar en una de ellas en vez de ir á pie...

El tribuno no sabía qué responder; pero como el Apóstol le había dicho que no estaba lejos la cabaña del cantero contestó:

—Devuélvelas á Macrino.

—Está bien, señor. Mas permítame que te recuerde la promesa de darme una casa en Ameria. En trances tan terribles como el de este descomunal incendio es muy fácil olvidar cosa tan insignificante.

—¡Tendrás la casita!

—¡Oh, excelso nieto de Numa Pompilio! No dudaba, no, de que me la darías; y ahora que ese magnánimo Apóstol ha oído tu promesa, no quiero recordarte siquiera que debe ir unida á la casa una viña... ¡La paz sea con vosotros! ¡Ya iré á buscarte, señor! ¡La paz sea con vosotros!

—¡Y contigo!—contestaron Pedro y Vinicio mientras torcían hacia la derecha en dirección á las colinas.

Por el camino dijo el tribuno:

—Maestro y señor: pues amo á Cristo con todo mi corazón, lávame ya con el agua del bautismo para que con derecho pueda llamarme cristiano. Pronto estoy á hacer cuanto Él me mande y también cuanto me ordenes tú.

—Yo solo te ordeno que ames al prójimo como á ti mismo, porque únicamente así te harás agradable á los ojos del Redentor.

— ¡Ah, sí! ¡Bien comprendo la verdad de lo que me dices! Cuando era niño creía en los dioses de Roma, pero no los amaba; en cambio, amo tanto ahora al Dios único y verdadero que con gozo daría por Él la vida.

Y, levantando los ojos, quedóse como extático.

— ¡Porque es el único! ¡Porque es bueno y misericordioso! — repetía — ¡Ah! ¡Aunque se hunda el poder de Roma y perezca el mundo entero no adoraré ni serviré á otro Dios!

— Y Él te bendecirá á ti y bendecirá tu casa.

Pasaban á la sazón por una angostura en el extremo de la cual brillaba débilmente una luz que Pedro señaló al joven, mientras decía:

— He aquí la cabaña del cantero en que nos refugiamos cuando al volver del Ostriano con Lino enfermo no pudimos llegar al Transtevere.

Mas bien que cabaña era estrecha gruta, con la entrada protegida por un muro de arcilla y cañas. La puerta estaba cerrada; mas por una hendidura que servía de ventana veíase el interior iluminado por la lumbre del hogar.

Salióles al encuentro una figura colosal que preguntó:

— ¿Quién va?...

— Siervos de Cristo — contestó Pedro. — ¡La paz sea contigo, Urbano!

Este se arrodilló á los pies del Apóstol, y luego, habiendo reconocido á Vinicio, le cogió una mano y se la llevó á los labios.

— ¿Tú también, señor?... — exclamó — ¡Bendito sea el nombre del Cordero por la alegría que tendrá Calina al verte!

Con el semblante demacrado y pálido como el marfil, Lino yacía sobre un montón de paja, y Ligia, sentada cabe el hogar, parecía muy abstraída en la tarea de ir sacando de un cordelito una ristra de pescados que habian de servir para la cena de aquella noche. Creída de que Oso entraba solo, ni siquiera levantó los ojos; pero al oírse llamar por Vinicio, saltó del asiento con el rostro radiante de alegría, y, sin decir una palabra, como niño extraviado que después de muchos días de medrosa ansiedad encuentra repentinamente á sus padres, se echó en brazos del joven.

El tribuno la besó en la frente, y después de repetir con voz trémula de emoción cien veces su nombre, le explicó cuanto habia hecho desde que salió de Ancio y cuanto habia sufrido antes de que el Apóstol le condujese á la cabaña.

— Mas ahora... — prosiguió — ahora que por fin te he encontrado, no me apartaré ya más de ti, no te abandonaré en medio de tantos y tantos peligros. Esto es un infierno, Ligia mía, pues mientras las llamas devoran la Ciudad, en sus alrededores se libran continuos combates, y se roba, y se asesina... ¡Pero yo te salvaré, amada mía! ¡Quiero salvaros á todos! Marcharemos inmediatamente á Ancio, y allí nos embarcaremos para Sicilia. ¡Son vuestras mis tierras y mi casa! ¡Oye, vida mía! Estando los Aulo en aquella isla podré devolvete á Pomponia y recibirte después de ella como esposa. ¿Verdad que ya no te doy miedo?... No me han lavado todavía con las aguas del bautismo; pero preguntale á Pedro si no le he dicho ha poco que deseaba con toda el alma poderme llamar cristiano; si no le he suplicado que me bautizara, aunque sea en esta humilde choza. ¡Créeme, Ligia! ¡Deseo con ahinco abrazar tu religión! ¡Creedme! ¡Creedme todos!

Escuchábase la ingenua doncella con el rostro resplandeciente de alegría. Era tanta la inquietud y zozobra en que todos vivían, á causa de las persecuciones de los judíos, por un lado; del incendio y los desórdenes que le habian seguido, por otro, que la idea de partir para Sicilia la colmó de júbilo, haciéndole columbrar el término de sus angustias y desventuras y el principio de una nueva vida henchida de felicidad. Si Vinicio hubiese querido llevársela únicamente á ella se habria negado en redondo á seguirle para no separarse de Pedro y de Lino; pero Vinicio acababa de decir: « Venid todos conmigo; vuestras son mis tierras y mi casa, » y por ello Ligia, inclinando la cabeza, le besó la mano para expresarle su consentimiento y respondió:

— Donde tú eres Cayo, yo soy Caya.

Pero dándose cuenta en seguida de que acababa de pronunciar inconscientemente la frase ritual de las nupcias romanas, se ruborizó y bajó la cabeza temerosa del juicio que de ella pudiesen formar los circunstantes.

Vinicio, después de dirigir á su amada una sonrisa apacible y tierna, manifestación sincera de su respetuoso cariño, se volvió á Pedro y dijo:

— Roma, sin duda alguna, está ardiendo por voluntad del César, pues en Ancio se lamentaba continuamente de no haber visto jamás el incendio de una gran ciudad. Y ¿quién os fía que un hombre capaz de semejante crimen no lo sea también de

ordenar que se pase á cuchillo á todos los habitantes? ¿Quién conoce las órdenes que ha dado á los soldados? ¿No es probable que después del incendio estalle la guerra civil, se cometan horribles actos de venganza y tengamós que sufrir el azote del hambre? Huyamos, pues; preservemos á Ligia de tan terribles calamidades. Aguardaremos en Sicilia el fin de la tormenta, y regresaréis luego, cuándo os plazca, á esparcir de nuevo la buena semilla.

Como para corroborar las palabras de Vinicio, oyéronse, á lo lejos, por la parte del Campo Vaticano, gritos de terror y rabia. Y en aquel mismo instante entró el cantero cuya era la cabaña, y cerrando apresuradamente la puerta dijo:

—En las inmediaciones del Circo de Nerón corre á torrentes la sangre de los ciudadanos, á quienes dan caza turbas de gladiadores y de esclavos.

—¡Ya lo oís!— exclamó Vinicio.

—Se ha colmado la medida— manifestó el Apóstol— y sobrevendrán calamidades inmensas como el mar.

Luego, volviéndose á Vinicio y señalando á Ligia, pronunció estas palabras:

—Llévate á esa inocente criatura que Dios te destinó para esposa y sálvala. Lino, que está enfermo, y Oso, pueden acompañaros.

Pero Vinicio, que habia puesto en el Apóstol todo el cañío de que era capaz su alma vehemente, exclamó:

—¡No! ¡Jamás consentiré en dejarte aquí, expuesto á perecer!

—Y el Señor te bendecirá por tu buena acción— respondió Pedro— Pero ¿no me has oído explicar que á las orillas del lago de Tiberiades Cristo me dijo tres veces: «Apacienta mi rebaño?» Y si tú, que de nadie has recibido el encargo de velar por mi persona, no quieres abandonarme, ¿cómo quieres que yo abandone mi grey en el día de la aficción y del peligro? ¡Ah! no nos abandonó Él cuando la tempestad rugía sobre el lago y temblábamos nosotros de espanto. ¿Con qué razón, pues, yo, su humilde siervo, podría negarme á seguir el ejemplo del Señor?

Lino, levantando la demacrada faz, dijo:

—¿Y con qué razón yo, ¡oh Vicario del Señor!, yo, tu siervo humilde, me sustraería á seguir tu ejemplo?

Vinicio se pasó la mano trémula por la frente, como si quisiera poner en orden los confusos pensamientos que á ella se

agolpaban, y cogiendo á Ligia de la mano pronunció con voz clara y distinta, en la que vibraba toda la energía de su corazón de soldado romano, estas palabras:

—¡Oidme Pedro, Lino, y tú, Ligia! Hasta ahora he hablado conforme á los dictados de la razón humana; pero vosotros os dejáis guiar por una facultad superior que, despreciando los peligros y aficciones, os lleva á cumplir sin vacilación los mandatos de Dios. Por no haber tenido esto en cuenta he caído en el error. Como no se habia rasgado todavía el velo que cubria mis ojos, hablaba por esta boca mi antigua naturaleza pagana. Pero amo á Cristo, quiero ser su siervo, y aunque sacrifique algo que tiene más valor y que me es más querido que mi propia existencia, me postro á vuestros pies y os juro que cumpliré yo también la santa ley de amor que ordena que no abandonemos á nuestros hermanos en el día de la aficción y del peligro.

Dicho esto se arrodilló y levantando los brazos y los ojos al cielo exclamó con voz animada por el fervor:

—¿Te he comprendido ahora, Jesucristo? ¿Soy ahora digno de tí, Dios mío?

Temblábanle las manos, tenia llenos de lágrimas los ojos y estremeciase todo su ser, invadido por una oleada de amor puro y de fe ardiente.

El Apóstol cogió entonces una vasija de barro llena de agua, y, vertiéndola sobre la cabeza de Vinicio, pronunció solemnemente estas palabras:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Anegada el alma de los presentes en éxtasis religioso, vieron inundarse de luz celeste la humilde cabaña y oyeron resonar en las alturas místicas armonías. La roca combada sobre sus cabezas se abrió, y por la hendidura descendieron del cielo legiones de ángeles alados, y en las profundidades del espacio infinito resplandeció una cruz, y dos manos diáfanas, traspasadas de clavos y teñidas de sangre, se movieron bendiciendo...

Continuaban llegando á la cabaña del cantero los gritos de coraje ó de angustia de los que sañudamente combatían allá abajo y el rumor fragoroso de la insaciable hoguera.